

Ocho lecciones sobre el amor humano

“La esencia del amor”

“Querer el bien del otro, en cuanto otro”... esa es la esencia del amor auténtico. Ocho palabras describen ampliamente el amor, propiamente humano, propiciado por la libertad otorgada por Dios.

Esta definición anuncia los tres elementos necesarios para que se dé un amor verdadero. El primero es “el querer”, mostrando la libertad del acto decidido, propio de nuestra naturaleza debido a la voluntad y no a una simple apetencia sensible o por conveniencia. Por lo tanto, amar nos perfecciona como humanos, pero no debemos hacerlo porque queremos mejorar, sino al revés: quiero crecer para buscar de mejor manera el bien de los demás.

El segundo elemento es “el bien”, pero el bien real, mayor y objetivo que contribuye en el crecimiento personal. Cuando amamos a alguien es porque queremos el bien para él o ella. El amor vuelve a la persona amada más persona y más libre, la enseña a amar, a orientarse hacia el bien, siendo Dios el bien absoluto y final.

El tercer elemento del amor es “el otro en cuanto otro”. Esto quiere decir que amamos a las demás personas por ser ellos mismos, porque son dignas de amor. Amar no es una actividad egoísta, ni egocéntrica, que busca el beneficio personal, sino todo lo contrario, es darse a sí mismo sin esperar nada a cambio y por el bienestar de los demás.

Para que exista amor, deben estar presentes tres realidades: ratificación en el ser, deseos de plenitud y entrega.

En el fondo, cuando deseamos el bien para la otra persona, lo que estamos buscando es que esa persona sea, y sea buena. Lo primero deseamos que posea es la vida, esto se contempla cuando sentimos y expresamos: “¡es bueno, muy bueno, que tú existas!”. Al amar, esa persona amada se torna real, y todo, el universo y nosotros mismos, adquirimos sentido y plenitud, estamos completos. El aborto de un hijo “no-deseado” es una terrible alteración de lo mencionado anteriormente. Por otro lado, la muerte o el amor no correspondido nos pueden dejar muy tristes y con la sensación de que la vida perdió su sentido. Esta impresión es sobrellevada con el tiempo (el que cura todas las heridas), queriendo verdaderamente a esa persona, buscando su bien sin esperar ser correspondidos y amando a Dios, que es amor eterno.

Al ratificar en el ser a la persona querida mediante el amor, deseamos que su ser sea potenciado a la perfección en lo posible. Es decir, que viva bien y se dirija hacia lo que puede llegar a ser. Cuando amamos a alguien, agudizamos nuestra capacidad de conocer a fondo a una persona y somos capaces de anticipar su proyecto perfectivo futuro, poniendo todos los medios para que sea

logrado íntegramente.

Cuando queremos, no sólo queremos por lo que una persona es, también, por lo que una persona puede llegar a ser, de ahí que nos sintamos indignos de su amor, pero eso es únicamente una sensación.

Es propio del amor querer de forma íntegra y total. Si despreciamos una parte de una persona, no la estamos queriendo: no amamos a alguien hasta no amarlo con sus defectos, siempre y cuando éstos no ofendan a Dios. En este caso el propósito del amor es luchar porque los defectos sean superados, así los mismos correspondan al ser amado o a uno mismo.

El amor no busca que la otra persona pierda su personalidad; todo lo contrario. Busca que una persona sea feliz siendo ella misma y viviendo su propia vida. Queremos a los demás por el hecho de ser personas únicas. Miguel de Unamuno lo ilustra de una manera muy interesante: “No te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades”.

Finalmente, la cima de la amistad o benevolencia se presenta en la entrega del ser personal, por amor, a la persona amada. Esta entrega de sí mismos surge porque la otra persona es nuestra razón de ser y queremos que ella encuentre el amor perfeccionado. Esta perfección va de la mano con la naturaleza humana; buscamos que logre su perfecto desarrollo personal de modo que alcance la mayor felicidad posible. Un ejemplo de lo dicho se da cuando se educa la voluntad en libertad y con responsabilidad, la capacidad de amar se incrementa, asimismo al revés.

Sólo des-viviéndose el hombre obtiene la dimensión completa de su propia vida. Darse, es amar auténticamente, de manera paciente y por toda la vida. Ofrecer y compartir voluntades, por y con el ser amado, es la principal manifestación del amor benevolente. Este ser amado, sea padre, madre, hermanos, amigos, enamorado/a o esposo/a, son el complemento de nuestras vidas. Al amar nos hacemos más humanos, más felices y nos acercamos a Dios, amor, principio y fin de nuestra existencia.